

empeñada reconquista del territorio, porque determinó la formación de un imperio árabe-africano, que comprendió una parte del Africa mora y todos los reinos cantonales ó de *taifa* que habían resurgido en España al desaparecer el califato; es decir, que la España musulmana volvió á la unidad, precisamente cuando no acertaban á mantenerse unidos ni los reinos que componían el de Castilla, ni Navarra y Aragón que habían también brotado del mismo tronco, y cuando en un extremo Cataluña y en el otro el condado de Portugal, cedido por el vencido de Zalaca á uno de dos príncipes franceses de Borgofia, sus yernos, eran realmente dos monarquías independientes; después de un triunfo memorable sobre los moros, el vencedor Alfonso Enriquez fué proclamado rey de Portugal en 1139.—Afortunadamente para los cristianos, el imperio de los marabuts ó almoravides decaía y se concentraba en Africa, en donde un nuevo Mahdi, que se decía el verdadero anunciado por Mahoma, levantaba como el *simum* en el Sahara, una polvareda de tribus montañesas, que siguiendo su palabra ardiente y su estandarte blanco é impulsados por un fanatismo religioso indecible, arrollaron al cabo y destruyeron el poder de los almoravides. Estos africanos puros, que reemplazaron definitivamente con elementos moriscos á los descendientes de los árabes españoles y pretendían restaurar la fe pura de Mahoma y su inflexible monoteísmo, se llamaban *almohades* (los unitarios). El peligro era terrible para los cristianos; el rey de Castilla, Alfonso VIII, llamó en su auxilio á la cristiandad é Inocencio III predicó una cruzada; los reyes españoles, unidos en las vertientes de Sierra Morena, vencieron en Julio de 1213 á los africanos [Las Navas]. Tan completa fué la victoria, que menos de veinte años después, Fernando III, en cuya cabeza se habían definitivamente unificado las coronas de León y Castilla, conquistaba casi toda la Andalucía musulmana. Jaen, primero, luego Córdoba, el centro del califato, la gloria del islam en Europa, se rindieron al invencible cristiano; más hizo, el reino de Sevilla, el más importante por entonces de los que conservaba el poder moro, tras el apretado cerco de la capital, quedó en poder de Fernando, que debeló otras muchas ciudades importantes como Cádiz. Con la caída de Córdoba, había coincidido la formación del nuevo reino de Granada, tributario de Castilla. Cuando al mediar el siglo XIII murió el más grande de los reyes castellanos, á quien la Iglesia dió muy pronto, como á su primo Luis de Francia, el título de santo, santificando en él la obra heroica de la reconquista,

ésta, puede decirse, estaba consumada; faltaba un solo girón de Andalucía; dos siglos esperaría España para terminar su obra.—El Oriente español había contribuído á ella bravamente; el pequeño reino cantonal de Aragón creado en los montes de Jaca y Sobrarbe por un capricho de Sancho de Navarra, había tomado la vanguardia de la reconquista por aquel lado. Los reyes aragoneses, precedidos de sus almogavares (soldados fronteros) y seguidos de sus nobles, cada uno de los cuales se tenía por igual al rey, acabaron por apoderarse de Zaragoza, que fué desde entonces capital del reino y por dominar el valle del Ebro en el primer tercio del siglo XII. El ilustre guerrero que más había hecho por la reconquista, Alfonso el Batallador, dejó su reino á las órdenes militares del Temple y S. Juan; ni navarros, ni aragoneses se contentaron con esto; los primeros recobraron su autonomía, entrando pronto Navarra en el radio de atracción de Francia por dos siglos y Aragón en el del cada vez más rico y poderoso condado de Cataluña, con el cual acabó por unirse, resultando del matrimonio de la heredera de Aragón y del célebre Ramón Berenguer de Barcelona, un rey de Aragón y conde de Barcelona en 1162.—Las conexiones de los catalanes y los provenzales y los dominios que en el mediodía de Francia tenían los condes de Barcelona, obligaron al caballeresco Pedro de Aragón á tomar la defensa del conde de Tolosa en tiempo de la cruzada contra los albigenses y en la batalla de Muret perdió la vida. Su hijo fué el contemporáneo de S. Fernando, el célebre Jaime el Conquistador; batalló sin tregua contra los moros durante su larguísimo reinado y conquistó los reinos de Valencia y Murcia; Jaime fué un tipo de guerreros, de los que el pueblo y los poetas hacían centro de sus cantos épicos; murió abrumado de pesares domésticos y de gloria en 1276.—Pero este mismo siglo que vió tanta grandeza fué testigo de las causas que detuvieron la obra de tantas generaciones y que sólo al finar el Siglo XV había de consumarse gracias á la unificación de España. En Castilla comienza con la muerte de S. Fernando una serie de disturbios, fomentados por los reyes vecinos, incluso el granadino. El sucesor del rey santo fué Alfonso el Sabio (X); empleó su ambición (era por su madre un Hohenstaufen) en el empeño de ser emperador de Alemania; de aquí la necesidad de gastar mucho y de imponer fuertes tributos; de aquí el disgusto de sus súbditos. Tuvo la idea de hacer entrar su reino bajo el imperio de una legislación común, y ordenó y dirigió la formación de un código admirable, basado sobre la legislación romana; los

magnates protestaron y no dejaron observar las nuevas leyes. De esto se originó una revolución á cuya cabeza se puso Sancho, el hijo de D. Alfonso; este gran sabio (era un astrólogo eminente) y gran legislador murió lleno de dolor en 1284 y su hijo Sancho el Bravo, á pesar de las turbulencias de su reinado, hizo avanzar la reconquista un paso más todavía con la toma de Tarifa, que luego defendió contra los moros el famoso Guzmán el Bueno.—Los reyes de Aragón, á la caída trágica de la dinastía de los Hohenstaufen, tomaron parte impetuosa en los asuntos de Italia é iniciaron la lucha con los franceses por la posesión del mediodía de la península, comenzando con el apresamiento de Sicilia; tuvo grandes peripecias aquella lucha; Pedro el Afortunado tuvo la gloria de rechazar una formidable invasión francesa que se trocó en desastre inmenso; los almogavares sembraron el terror en Italia, y los bravos catalanes dominaron el Mediterráneo occidental. Don Pedro el Afortunado comenzó la gloria exterior de la monarquía aragonesa, compuesta de Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca, el Rosellón en Francia y Sicilia en Italia.—Esta es, pues, la causa de la suspensión de la reconquista: Castilla destrozada por disturbios interiores, gasta en ellos su sangre; los aragoneses y catalanes la van á derramar en cuestiones europeas; la gran mira de la historia medioeval española se eclipsa por largo tiempo.

Ya lo dijimos, en España no pudo aclimatarse, fuera quizás de Cataluña, el feudalismo absoluto; había naturalmente magnates, algunos muy poderosos, muy ambiciosos todos; el espíritu aventurero, idiosincrático en la nación española, é hipertrofiado por las azarosas luchas de la reconquista, ponía en ellos conatos de monarcas, pero las necesidades severas de la guerra les obligaban á agruparse en derredor del caudillo cuyo mando los dividía menos y los defendía mejor, por ende, y estos eran los reyes, que nunca permitieron que sus súbditos tuviesen prerrogativas soberanas, ni inmunidades absolutas. En Aragón la cosa era algo distinta; los *ricos hombres*, sí tenían ciudades bajo su dominio y las gobernaban por medio de sus bailes ó zalmedinas, pero los reyes supieron al cabo dejarles los honores y las rentas y apoderarse de la jurisdicción.—En Castilla las ciudades aforadas por los reyes eran también un límite forzoso á la constitución del feudalismo típico, porque administradas por sus concejos, sin más que la obligación de defender la frontera, sus cartas forales daban toda la importancia al rey sobre la nobleza. Las Cortes, muy temprano desprendidas de la crisálida eclesiástica de los concilios, empezaron antes que en Inglaterra á recibir en su seno procuradores de las ciudades, que marcaron el advenimiento del tercer brazo ó estado llano al gobierno económico del reino; S. Fernando organizó esta representación definitivamente. Las ins-

tituciones de Aragón presentaban la particularidad de haberse creado en ellas, con el nombre de *Justicia Mayor*, un funcionario de la pequeña nobleza y de nombramiento regio, aunque inamovible, cuyo veredicto estaba por encima de las disposiciones de los nobles y aun de las del Rey. En suma, hija de una intensa actividad nacional, la constitución de los reinos españoles daba, más que otra quizás en Europa, amplia cabida á la libertad.

5. En su ahinco de dominación universal Inocencio III solía tener la mano torpe al tocar ya los asuntos públicos, ya los privados; en Inglaterra, ya lo vimos, tuvo especial empeño en hacer abortar el movimiento que produjo la *Charta Magna*; en España logró disolver la unión entre un rey de Castilla y su prima, aunque no tan pronto como hubiese querido y la inobediencia de los reyes permitió nacer á S. Fernando; en Alemania, en donde, á la muerte de Enrique VI, su hermano menor Felipe, obtuvo el voto de los electores, el papa se decidió por otro pretendiente, Otón de Brunswick, fomentando así una nueva guerra civil en el imperio. Pero, cuando muerto Felipe de Suabia, el emperador güelfo no tuvo competidor, la lucha entre el papado y el imperio reapareció, porque era la ley fatal de aquel feudalismo antagónico, y eso que Otón se había declarado, por inusitada manera, emperador por la gracia de Dios y del Padre Santo. Inocencio, impaciente por vencer el inesperado obstáculo, extrajo del fondo de Sicilia á su pupilo, casi adolescente todavía, y con sorpresa de la cristiandad que creía que entre el papado y los Hohenstaufen no había concordia posible, lanzó á Alemania, con el nombre de Federico II, al nieto de Barbarroja; la batalla de Bouvines fué el golpe de gracia al emperador excomulgado que murió á poco; con Otón concluyó el poder de los güelfos y el emperador gibelino se hizo coronar en la ciudad de Carlomagno y ungir emperador en Roma por Honorio III su preceptor, ya entonces papa.—Federico había sido explícito como el que más en su sumisión á la Santa Sede; pero los gérmenes de conflicto vivían con vida más intensa que nunca: los papas no podían consentir en el gobierno absoluto del emperador en Italia. Federico, educado bajo la influencia árabe y provenzal, é imbuído en las sentencias del derecho romano, se había adelantado audazmente á su tiempo en la concepción del Estado, como había de implantarse tres ó cuatro siglos después en Europa; quería hacer precisamente en Nápoles é Italia el ensayo de este poder abandonando Alemania, en donde hizo nombrar rey á su hijo Enrique bajo la tutela de los magnates, al sistema feudal, que casi organizó definiti-

vamente, reconociendo el derecho hereditario de los barones. Bajo este aspecto Federico fué un tirano en toda la extensión de la palabra; pero como á su concepción absoluta del Estado correspondía la de la igualdad y, á veces, superioridad del mundo laico sobre el eclesiástico, por este punto abrió el horizonte, antes que ningún gobernante en Europa, á la emancipación intelectual y por ende á la Edad Moderna. Organizar sabiamente la administración de su reino italiano, extirpar por donde quiera lo que él llamaba "la planta venenosa de la libertad," proteger la cultura rodeándose de los poetas y trovadores de aquella Provenza sentenciada á muerte por el Papa y ejecutada por los cruzados y la Inquisición, llamar á los sabios árabes, filósofos y naturalistas, astrólogos y alquimistas, y fundar como centro coordinador de estos motores del progreso científico una Universidad laica en Nápoles, esta fué en parte la obra de Federico; en ella había de tropezar con dos graves obstáculos: la decisión de los pontífices de sostener á todo trance la teocracia, pormenorizando cada vez más la teoría de la supremacía política del Vicario de Jesucristo, y el espíritu de libertad y de revuelta de las ciudades del N. de Italia.—Mientras vivió Honorio pudo Federico trazar su obra, á pesar de que el pontífice le apremiaba para que cumpliera su voto espontáneo de ir á libertar el Santo Sepulcro. Por aquella época se había verificado *la 5.ª cruzada* acaudillada por Juan de Brienne, que se titulaba rey de Jerusalem, y el rey de Hungría; esta cruzada después de varias proezas y desastres en Palestina y en las bocas del Nilo, había tenido que evacuar á Damietta (1217-1221). Sólo Federico podía reparar tamaño mal; el anciano sucesor de Honorio, el soberbio é inflexible Gregorio IX, urgía más y más al emperador; éste aglomeraba á los cruzados en Brindis, pero quería antes dejar arreglados los negocios del imperio y del reino; la administración de Enrique, su hijo, en Alemania, favorable á la libertad de las ciudades, disgustaba á los magnates; en Italia las ciudades lombardas mantenían su independencia; todo era motivo de recelo; parte, sin embargo Federico en 1227, pero, enfermo y desalentado, vuelve á Italia; Gregorio cree que es un pretexto y fulmina contra el emperador la excomunión. El imperio se conmueve; las ciudades lombardas se preparan á la lucha; el populacho de Roma, que celebraba sus *meetings* en las iglesias, excitado por los gibelinos pone en fuga al pontífice; entonces Federico parte para el Oriente. *La 6.ª cruzada* (1228-29) tuvo un carácter singular; Federico desde Chipre, trató con el sultán de Egipto y se hizo

ceder la ciudad de Jerusalem, en donde el culto mahometano debía ser respetado. El emperador, que de antemano se había hecho ceder por su suegro Juan de Brienne los derechos al reino de Jerusalem, entra con su espléndido séquito en la capital sagrada, y excomulgado y todo, se corona en la iglesia del Santo Sepulcro y retorna después á Italia su voto estaba cumplido. Fué aquello una sorpresa y un escándalo; ¡obtener por la política lo que no se había alcanzado cruzando ríos de sangre cristiana! ¡tolerar el culto musulmán en Jerusalem! El papa puso el grito en el cielo; aquel emperador era, como otro papa le iba á llamar, *el perturbador del mundo*; cuando Federico llegó á Italia, su autoridad estaba minada; legiones de frailes mendicantes recorrían el reino llamando á los pueblos á la libertad y vomitando improperios contra el tirano impío. La sola presencia del emperador disipó la tormenta; su amigo y agente Hermann de Salza, (gran maestro de la orden teutónica á quien se había dado la misión de someter y convertir á los eslavos del Báltico, lo que logró en el territorio en que tuvo su origen primero el reino de Prusia), fué el alma de la reconciliación entre el emperador y el papa; se besaron los adversarios como padre é hijo, se hicieron mutuas concesiones y Federico dió nuevo impulso á sus persecuciones contra los herejes (en los que confundía naturalmente á los disidentes de la religión imperial) ordenando "que fuesen entregados al fuego delante del pueblo."—Varios años de paz y de poder sucedieron á la crisis; la Alemania entera, que se había conmovido con la tentativa, ahogada en la sangre de Conrado de Marburgo, de establecer la inquisición y luego con la efímera rebelión del rey Enrique contra su padre, se reunió en torno del emperador triunfante en la dieta de Maguncia, que reprodujo el esplendor de la que ahí mismo había celebrado medio siglo antes su abuelo Barbarroja; la literatura alemana, nacida al contacto de la francesa, pero que ya empezaba á ser nacional y original, tuvo ahí sus representantes, y los príncipes, los nobles y los burgueses se aglomeraban bajo la penetrante mirada de aquel personaje, endeble, pequeño, precozmente calvo, que llevaba en su séquito africanos y asiáticos, negros y moros, dromedarios y corceles del desierto y que tenía serrallos y guardias sarracenas como un kalifa.—Poco después Federico se encontraba en plena lucha con los lombardos sostenidos por el papa. Federico decía en un manifiesto: "El brillo del cetro imperial no sólo ilumina al pueblo cristiano en las cosas de la tierra; su poder es el sostén de la fe católica;" y contestaba el papa:

“Constantino ha remitido para siempre al pontífice romano el cetro y las insignias imperiales con Roma y todo su ducado y el imperio mismo.” Eran dos puntos de vista inconciliables; y todo ello á propósito de una querrela absolutamente política.—Federico aplasta el poder de la liga lombarda en Corte-nuova, en donde la enseña imperial flotaba sobre una torre llevada por un enorme elefante; pero la lucha continúa; el papa syndica al emperador de Anticristo, le acusa de llamar impostores á Moisés, á Jesucristo y á Mahoma y el conflicto toca al paroxismo.—El justo y sensato rey de Francia (San Luis) pretendía en vano mediar y moderar; inútilmente, el anciano Gregorio, cada vez más airado, convoca un concilio, cuyos miembros embarcados en una flota genovesa, caen en su mayor parte en poder de Federico. En 1241 muere el irascible pontífice y le sucede Inocencio IV; tras una corta tregua, reenciéndese la discordia; el papa, fugitivo, reúne un concilio en la ciudad libre de Lyon; el emperador trata de hacer oír á sus enviados; S. Luis y el rey de Inglaterra le favorecen; inútilmente; Inocencio lo depone é invita á los alemanes á nombrar un anticésar. Federico asume su papel de reformador de la Iglesia “que hoy es puramente mundana, pero que, decía, fué fundada sobre la humildad y la pobreza.” Este era el acento de Lutero. “Cristo ha fundado, clamaba Inocencio, no sólo un poder sacerdotal, sino un poder regio y la espada también pertenece á la Iglesia.” La teocracia llegaba á sus últimas consecuencias.—Batallando sin tregua, murió, al fin, Federico en 1250, después de haber hecho perecer á su secretario íntimo, al autor de sus manifestos, á Pedro Delavigne. Hombre singular; sus instintos eran los de un kalifa; su inteligencia la de un revolucionario; descreído y perseguidor de herejes; ilustrado como pocos hombres de su tiempo, y supersticioso y dado á la astrología. Con él cayó el imperio y la dinastía de Suabia á los pies del pontificado; mas su adversario quedó herido de muerte.

El epílogo de este gran drama fué rápido y lúgubre; en Alemania á la voz de los legados pontificales habían parecido uno y otro anticésar; el hijo legítimo del emperador, Conrado, quiso disputarlo todo y bajó á Italia, en donde le esperaba su hermano ilegítimo el rubio poeta, el heroico Manfredo; murió Conrado en 1254 y un papa francés ofreció la corona de entrambas Sicilias al bravo, hábil y despiadado soldado Carlos de Anjou, hermano de S. Luis. Manfredo defendió con sus bravos sarracenos y sicilianos su corona; en la defensa perdió la vida y el

angevino señoreó el reino favorito de los últimos Hohenstaufen. Conradino, el hijo de Conrado, casi adolescente, acompañado de algunos jóvenes heroicos como Enrique de Castilla y Federico de Austria, emprendió la reconquista de su reino. “Dejad ir la oveja al matadero,” decía cruelmente el papa, que veía pasar á Conradino desde lo alto de una fortaleza. El nieto de Federico II, vencido por Carlos y capturado, fué ejecutado en Nápoles como un malhechor. La leyenda y la poesía rodearon de una atmósfera de piedad y de lágrimas el recuerdo de aquel niño, que caía como una flor tronchada sobre la tumba de su raza.

6. Cerca de veinte años vivieron Alemania y el mundo sin emperador; el hermano del rey de Inglaterra y el célebre Alfonso el Sabio fueron emperadores sin imperio y los magnates que los eligieron á un tiempo sólo cuidaron de pedirles dinero; Alfonso gastó mucho, pero jamás salió de España. Esta es la época que se ha llamado *el gran interregno*. El feudalismo comprimido, aunque progresando sin cesar, bajo los emperadores de la casa de Suabia, hizo explosión y Alemania se convirtió en un laberinto de Estados ó grandes, como Bohemia que bajo la dinastía de los Premyslidas se había anexado á Austria, Moravia, Carintia, etc., y constitula en plena Alemania un fuerte reino eslavo, ó más pequeños, como los que fundaban los caballeros teutónicos y los porta-espadas en Livonia y entre el Vístula y el Niemben y el establecido en la marca del Brandeburgo ó pequeñísimos como los burgraviatos que se componían de un castillo y una aldea. Todos eran independientes, todos tenían sus derechos propios y sus tribunales locales; no había nada general, no había gerarquía, ni unidad. En medio de esta falta de justicia entre los dueños de las parcelas del territorio alemán que se disputaban frecuentemente la expoliación del labrador ó del viajero, se constituyó el tribunal secreto de la *Santa Vehm*, cuyos procedimientos eran misteriosos y cuyos agentes eran asesinos, pero que prestó buenos servicios en sus comienzos. Pronto aquella enorme cantidad de soberanías militares, eclesiásticas ó municipales, empezaron á agruparse y á formar porciones que ó celebraban sus dietas provinciales ó *landtags*, ó formaban ligas mercantiles, como las ciudades del Rhin (Colonia, Maguncia, Estrasburgo, Basilea y aun Ratisbona en el Danubio) ó las ciudades marítimas del Mar del Norte y del Báltico, que formaron la formidable organización de comercio y navegación que se llamó *la Hansa* y que llenó al mundo con sus

agencias y surcó los mares con sus flotas; Lübeck, Bremen, Hamburgo eran la triple cabeza de esta potencia; pero de todas ellas, así como de todo el comercio del Norte, el centro estaba en Flandes, sobre todo, en Brujas, ciudad portentosa por su riqueza y sus relaciones mercantiles.—En 1273, lograron los electores encontrar un emperador, un principillo de la Alemania helvética, Rodolfo de Habsburgo, que cuidó del orden y desbarató el enorme poder de los reyes de Bohemia; Rodolfo adjudicó á su familia los despojos del vencido, sobre todo, el margraviato de Austria, base del futuro poderío de sus descendientes; al concluir el siglo, un príncipe más pobre que había sido Rodolfo, Adolfo de Nassau, fué electo, pero á su muerte tornó un Habsburgo á ser emperador.

7. Alemania vivía contenta y feliz con su desorden general y sus ligas y su libertad; desde que ya no tenía emperadores que encadenasen su suerte á la de Italia, se sentía más fuerte, más alemana, diremos, en medio de la pulverización de la soberanía imperial; lo mismo Italia. Su aspecto político era caótico; el Papa, el triunfador del imperio, á duras penas se hacía obedecer de los turbulentos romanos; el reino angevino que había creado en las Sicilias, se había desmembrado; excitado el pueblo de la Isla contra los franceses por los partidarios de la dinastía caída se había sublevado en 1282 [*las Vísperas sicilianas*] y matado á casi todos sus opresores. Esto esperaba Pedro de Aragón, esposo de una hija del infortunado Manfredo, para adueñarse de la Isla; su gran almirante Roger de Loria venció repetidas veces y deshizo las flotas angevinas, mientras el rey de Aragón contenía una invasión francesa en los Pirineos. Muerto Carlos y vencedores los aragoneses, hubo al cabo de ceder el pontífice y reconoció rey de Sicilia ó de Trinacria á Federico, el hijo menor de D. Pedro.—En la Italia del Norte dominaba el elemento gibelino ó imperialista y aristocrático; los Visconti dominaron la Lombardía con el título de *vicarios imperiales*; los güelfos de Verona y de Ferrara, procuraron también allegar ciudades dominadas y gobernar con las aristocracias, y Venecia constituía su oligarquía sobre bases más estrechas todavía. En cambio Florencia tendía á dominar la Italia central y se constituía democráticamente, dando todo el poder á los jefes ó priores de sus gremios ó artes, ya mayores, como banqueros, notarios, jueces, médicos, etc., ya menores, como tintoreros, herreros, canteros, etc. Estos priores constituían la omnipotente *señoría*, hacían vida común y eran renovados

cada dos meses. Tamaña revolución fué imitada por Siena, Lucca, Génova y otras ciudades, y todas se confabularon contra la gibelina Pisa y por mar y por tierra dieron irreparables golpes á su poder mercantil.—Lo singular es que en medio de esta febril actividad política, de estas luchas de las facciones que con el nombre de gibelinos y güelfos y otros sub-nombres, como los blancos y negros en Florencia, ensangrentaban las ciudades y se proscribían y perseguían á muerte, la industria crecía con pasos de gigante, la riqueza se amontonaba en las ciudades y las artes florecían en maravillosos edificios de mármol en Venecia, en Pisa, en Florencia; la pintura despertaba en su costra de oro bizantino bajo el pincel de Cimahue y de Giotto y la poesía medioeval encontraba su obra definitiva en el maravilloso poema del Dante.—La vida era entonces rápida, intensa y viril; tienen la libertad y la tempestad estos efectos; en su atmósfera preñada de amenazas se respira mejor.

8. Después del breve reinado del hijo de Felipe Augusto, el que un momento habían opuesto los barones rebeldes á Juan Sintierra, como rey de Inglaterra, tomó las riendas del gobierno la reina viuda, la enérgica y ambiciosa Blanca de Castilla, durante la minoría de su hijo Luis. Los grandes vasallos que habían visto con gran recelo el crecimiento considerable que el ya tan importante patrimonio de Felipe Augusto había tenido durante los pocos años del reinado de Luis VIII, quisieron poner coto, aprovechando el gobierno de una mujer, al reinado futuro del futuro S. Luis; la reina conjuró el peligro y su hijo ya mayor (1236) encontró consolidados y ensanchados sus dominios. Profundamente piadoso é hijo sumiso de la Iglesia, el nuevo rey comenzó deshaciendo una nueva conjuración, venciendo á Enrique III de Inglaterra y afirmando su gobierno, que ejercía con una moderación y un amor hacía el pueblo verdaderamente ejemplares.—Como ferventísimo cristiano que era, todos sus deseos los cifraba en guiar una cruzada; á pesar de la oposición de la previsora Blanca, el rey partió con una magnífica expedición á buscar en Egipto las llaves de Jerusalem; la peste y los *mameluks* dieron cuenta del brillante ejército francés y con la captura de S. Luis terminó *la sexta cruzada*.—De vuelta á Francia siguió el rey siendo el excelente gobernante de siempre, mejorando la administración, abatiendo los derechos soberanos de los grandes señores y favoreciendo las burguesías de las ciudades que se regían por el estatuto regio. El Parlamento adquirió inmensa

importancia como tribunal supremo y una de sus secciones revisó las cuentas de los agentes reales. Su virtud, su energía dulce y noble, aun contra los designios del papa, hicieron de él el personaje más respetado de Europa. En 1267, reincidió S. Luis en su error de realizar una nueva cruzada [la octava] que por súplica de su hermano Carlos (que dueño de Sicilia codiciaba á Túnez, y por indicación de los mercaderes provenzales, en constantes relaciones con Africa), llevó á Túnez, en donde, á la caída de Bagdad, se había establecido un nuevo y brillante califato. Víctima de la peste, S. Luis murió en Cartago en 1270 y con él las cruzadas de invasión.—Dos importantes acontecimientos se habían verificado entretanto: la destrucción del imperio latino de Oriente y la invasión mongólica del Djingis-Khan Temuchín. Los latinos cometieron en Oriente la imperdonable falta de dispersarse por todo el imperio fundando señoríos feudales, algunos de ellos muy brillantes como los establecidos en Grecia por los Villehardouin y los De la Roche (principados de Akaya y el Atika). Así cuando el Tzar búlgaro, Juan el hermoso [Kaloyan] los atacó, puso á Constantinopla á pique de sucumbir. El valor y la inteligencia de Enrique de Flandes no hicieron sino detener la catástrofe; algunos otros emperadores, un Courtenay, un Juan de Brienne, pasaron como sombras por el trono. Reinaba Balduino II y mendigaba auxilios por las cortes europeas, cuando del pequeño imperio bizantino fundado en Asia Menor por Teodoro Láskaris, partió el hábil y belicoso Vatacés que reconquistó buena parte de las provincias europeas. A su muerte, un usurpador, Miguel Paleólogo, se alió con la república genovesa, en odio á Venecia, que era dueña de parte de los litorales y las islas de los mares griegos, y se apoderó de Constantinopla en 1261. Así resucitó, pero ya herido de muerte, el imperio bizantino.—Las invasiones mongólicas fueron en el siglo XIII un accidente; pero un accidente monstruoso por el gasto de vida humana que causó en Asia y en la Europa Oriental. Los tártaros, nómades de las estepas turánitas, vencidos y reunidos por Temuchín, un digno congénere de Attila, fueron arrojados por aquel caudillo que había tomado el título de “rey de reyes” [dchingis-khan] sobre la China que devastaron y Pe-king que destruyeron y luego sobre el imperio turco-persa que hicieron desaparecer; sus descendientes, antes de mediar el siglo, habían hecho desvanecerse para siempre la sombra del califato de Bagdad; habían saqueado el Asia Menor y aparecido en Europa en donde sometieron la naciente

Rusia y llegaron á Silesia y Hungría. El imperio se desmembró entonces.

Con la tentativa de S. Luis, concluye el gran movimiento impulsado por la Iglesia que arrojó sobre el Asia al Occidente feudal. El resultado de estas empresas que el predicador é historiador de la tercera cruzada (Guillermo de Tyro) denominaba la obra divina de los francos [*gesta Dei per francos*] no había sido el que los pontífices esperaban y prometían en nombre del cielo; ni la redención del Santo Sepulcro se había logrado, á pesar de siglo y medio de batallas, ni el Islam se había detenido; al contrario, la destrucción del gran dique que oponía el imperio bizantino á este avance, por los franceses y venecianos de la cuarta cruzada, hizo seguro su triunfo por venir y fué por esto un crimen de lesa-civilización.—Otras fueron las consecuencias; he aquí las más notables: 1ª y principal, el largo contacto entre los europeos y los bizantinos y árabes, mucho más civilizados que ellos, cambió completamente las ideas y las costumbres, de donde resultó una transformación general de la cultura europea. 2ª Disminuyó la fuerza del feudalismo, tanto por la larga emigración de barones que no retornaban, como porque para sus viáticos los cruzados vendían tierras y privilegios á las ciudades. Los aprovechados de todo ello fueron los reyes y el estado llano. 3ª La comunicación perenne con el Levante dió una inmensa importancia al comercio, creó la industria y reforzando así los factores económicos, mermó el régimen militar en provecho del industrial, lo que era un progreso de alcance incalculable.

9. CULTURA GENERAL.—En el siglo XIII, llega á la plenitud de su evolución la Edad Media; los elementos que la informaron han producido ya todo su fruto y comienza con este período, que se ha llamado *el primer renacimiento*, la época de transición que dura cerca de dos siglos entre la primera Edad Media y la Edad Moderna. Conviene, pues, hacer un alto breve y encargarnos del estado de la sociedad, lo más someramente posible, antes de continuar nuestra marcha. *Lenguas y literaturas romances*.—Algunos hechos generales dominan todo este complejo asunto: 1º Las lenguas novo-latinas ó romances (del vocablo *romans-romanas*) se fueron desprendiendo en el transcurso del sexto al décimo siglo del latín popular. 2º En estos siglos, estos idiomas de origen latino, que la índole y los contactos con lenguas exóticas, propios de cada región diversificaron notablemente, la literatura, que reobrando sobre el idioma, lo fija y lo informa, era latina: analistas, cronistas, poetas, todos escribían en latín. Lo que no obsta para que hubiese cantares popula-

res en lengua vulgar (cuando nos referimos á las clases inferiores en cultura comprendemos á la nobleza, que generalmente no recibía educación intelectual). 3º Los germanos conservaron sus cantos heroicos, fragmentos de una vasta epopeya anónima, desde los siglos de la invasión—algunos grupos de estos cantos recibieron coordinación y forma en el siglo XIII, como los *Nibelungos* y el *Gudrun*—otros influyeron directamente, según el profesor Rajna, en la formación de la primitiva epopeya romance francesa. 4º La zona de las lenguas romances puede distribuirse así: en el centro la lengua de *oc* (Francia meridional y Cataluña), al N. del Loire, la lengua de *oïl*, y más al Norte la de *oui*; en Italia, España y Portugal, la lengua de *sí*. 5º En la región de la lengua de *oïl*, apareció la epopeya francesa (narraciones rimadas de hechos extraordinarios) y por el siglo XII se formaron diversos grupos ó ciclos de poemas épicos, como el de Carlomagno, al que pertenece el célebre cantar de Rolando, el de Arturo de Breña, el de Troya y otro cómico-épico de origen burgués. Estos cantares de gesta (e. d. de hazañas) influyeron extraordinariamente en otras literaturas; basta recordar que en el siglo XIII la lengua de *oïl* se hablaba en las principales ciudades de Siria, en Constantinopla, en Atenas, en Palermo y Nápoles, París, Londres, etc., era el idioma de las cortes; los cantores trashumantes de estos poemas eran los *trouvezers* ó juglares. 6º En la región del *oc*, floreció la poesía lemosina ó provenzal, muy refinada y aristocrática; sus salmas ó *sirventes*, sus baladas y sonetos, hicieron las delicias de la gente culta en el siglo XII. Sus cantores ó *trouvatores*, nobles generalmente, llevaron por las cortes de Europa sus poemas, después que la cruzada contra los albigenses mató la brillante cultura provenzal á occidiana. A llerasca. 7º Los prosadores literarios vinieron en pos de los poetas; los primeros en los países romances fueron: Villahardouin, héroe y cronista francés de la cuarta cruzada; Villani, á principios del siglo XIV en Italia, y D. Alfonso el Sabio, al mediar el XIII en España. 8º En esta parte de la región del *oïl*, la poesía épica produjo, antes de la influencia francesa, composiciones extensas y trabadas, sin métrica, pero monorítmicas, verdaderos cantares de gesta, que son poco posteriores al siglo XI y de las que han quedado dos muestras notables que se refieren á las hazañas de Rodrigo de Vivar, el Cid Campeador; durante dos siglos en que las gestas francesas se introdujeron en España, la epopeya nacional se desarrolló poco; mas en el siglo XIII reaparece con nueva forma y vigor la poesía heroico-popular en los romances, que no son en el fondo más que una transformación de los antiguos cantares de gesta, que se debe á los juglares ó recitadores públicos, y en que ya la pauta métrica (oc-tosilábica) se ha fijado, gracias á la influencia de la poesía lírica. 9º Esta poesía lírica, nacida de los cantos de la Iglesia, es en España, provenzal por su origen y escrita en el idioma galaico-portugués; después, cuando el dialecto castellano dominó sobre toda España, las obras poéticas que en él se escribieron, á fines ya del siglo XIV, eclipsaron á las demás. 10º En sus orígenes, la

poesía dramática, hija de las antiguas representaciones latinas y de los misterios celebrados en la Iglesia, es anterior quizás á la forma épica y lírica de la poesía, que contenía en germen; mas su desarrollo fué lento por extremo y no se emancipó de la tutela eclesiástica, sino en el siglo XIV. En España hubo admirables poetas latinos medievales, como Prudencio, poetas hebreos superiores á este cristiano por la riqueza de la lengua y la altura de las ideas como Ben Gabriol y Juda Leví y multitud de poetas árabes, éstos por extremo artificiosos y alambicados, por lo que no los entendían los cantores cristianos y en tesis general puede afirmarse que casi nada influyeron en la literatura romance; en la lengua española, los árabes sólo acclimataron palmítrios, pero ni giro, ni modismos, á pesar de la gran población mozárabe (cristianos de la España árabe) y mudarjar (árabes en la España cristiana) y de la influencia popular de la música y de las danzas árabes en el pueblo. 11º En Italia, donde más tardó en nacer una literatura vernácula, fué en donde á principios del XIV siglo, nació el poema épico-lírico más notable de la Edad Media, la *Divina Comedia* del florentino Dante Alighieri, que por la multitud de ideas y pasiones que renueva, por la intensidad de sus episodios, por la forma musical en que están vaciados, es una de las obras culminantes del espíritu humano.—La crítica moderna ha demostrado que la biografía del Dante es un conjunto de leyendas; pero de esta destrucción ha resultado más grande el ciudadano proscribo de Florencia é incoélume el poeta divino.—*Religión y Culto*.—La Religión es el alma misma de la Edad Media. La Iglesia ha sido la matriz en donde se verificó en esa época la gestación de la nueva cultura. En cuanto á dogmas, en realidad no se proclamó más que uno después de larguísima controversia á principios del siglo XIII, el de la Transubstanciación, el dogma eucarístico. Este dogma dió al sacerdote, ya desligado de los vínculos sociales por el celibato, una importancia inmensa; era superior á los ángeles y á los santos, puesto que Dios mismo bajaba á sus palabras y bajo la forma del pan y el vino ofrecía en sacrificio su cuerpo y su sangre; la *misa* fué desde entonces, lo era ya, el centro de todo el culto. La devoción por los santos y las reliquias, puerti y absurda á veces, y tan ocasionada á abusos, tomó proporciones colosales; pero sobre ella dominaba la adoración de la Madre de Dios, ascendida á la altura casi de la divinidad por el amor inmenso de las poblaciones griegas y latinas y exaltada sistemáticamente por los concilios; era la sonrisa y la poesía de la justicia inflexible de Dios; era el perdón; y era el ideal caballeresco de la mujer, reina de los palatinos medievales.—Ella refrescaba como el rocío las almas, lastimadas por la opresión brutal de los tiempos feudales y por el miedo al Inferno, que domina todo aquel período y que dió á Satanás una importancia apenas inferior á la de Dios mismo; María era su eterna enemiga y el refugio de los pecadores. Sin embargo, los desesperados hacían pactos con el diablo para salir de su situación social espantosa, y de ahí los millares de brujos y hechiceros de que la Iglesia purificó al mundo por medio del fuego; se trataba, por regla general, de

alucinados ó neurópatas; la Iglesia lo ignoraba. La creencia en el Purgatorio, que fué definida en plena Edad Media, y que, dada la supervivencia del alma, es perfectamente racional, dió origen á prácticas numerosas encaminadas á obtener la disminución de las penas y á grandes fiestas como la de los muertos; esta creencia y las *indulgencias* ó constancias de remisión de los pecados que la Iglesia otorgaba ó vendía, porque disponía del *tesoro de los méritos de Cristo*, fueron origen de pingües rentas y de graves abusos. En suma la Iglesia dominaba la vida entera interior con sus dogmas, su moral y su disciplina; exterior, con sus devociones y sus numerosas fiestas que marcaban la distribución minuciosa del día, del mes y del año y en ellas se mezclaba lo divino y lo profano, los bailes y las oraciones, las comedias y los sermones en la Iglesia misma. Desgraciadamente esos terribles parásitos de la religión que se llaman *las supersticiones* lo invadían todo también y lo devoraban todo.

La Teología y la Filosofía. Las Universidades.—La ciencia de lo divino ó theología, fué el estudio por excelencia en una edad en que todo el saber estaba sometido á la tutela de la Iglesia. En las catedrales y en los monasterios había numerosas escuelas de teología, sucesoras de las irlandesas y de las inglesas que formaron á los grandes misioneros de los siglos VI, VII y VIII. En el monasterio normando de Bec la ciencia teológica dejó de ser el puro comentario de los Padres de la Iglesia y comenzó á aplicar la dialéctica á la defensa de los dogmas, y el primer gran teólogo de este género fué S. Anselmo, arzobispo de Canterbury, después de la crisis teológica que conmovió á la Iglesia con motivo de la discusión del dogma eucarístico á mediados del siglo XI. Entonces puede decirse que nació esa mezcla de filosofía y teología, que por ser enseñada en las escuelas se llamó *escolástica*. En el siglo XII, ya conocida por traducciones latinas de las versiones árabes *la dialéctica* de Aristóteles, la escolástica recurrió á los medios dialécticos ideados por el gran pensador y ratiocinó en forma de silogismo sobre todas las verdades religiosas. S. Anselmo decía, que era preciso creer primero para inquirir después; es preciso discutir antes de creer, afirmaba en la escuela de París Abelardo. Este hombre joven, hermoso, de avasalladora elocuencia, al través de una vida trágica como amante y esposo de Eloisa, y cuando sólo conservaba ya su virilidad intelectual, empeñó con las ideas de su tiempo una lucha más trágica todavía, en que tuvo por adversario á S. Bernardo, al dictador de la cristiandad en el siglo XII. El mundo escolástico estaba dividido entonces por la querrela de los *universales*. ¿Las ideas generales, como la idea de especie, tienen existencia real? Sí, decían los realistas. No, afirmaban los nominalistas; sólo los individuos existen. Abelardo demostró que las ideas generales existían real, pero subjetivamente, como conceptos y fundó el *conceptualismo*. La Iglesia adoptó su dialéctica y desechó sus audacias; Abelardo murió triste y penitente en Cluny.—El siglo XIII fué el gran siglo de la escolástica; algo de Platón y sobre todo de Aristóteles, ya conocido por muchas

de sus obras, y por los célebres comentarios del gran filósofo hispano-árabe Averroes, lleno de ideas heréticas, pero estudiado apasionadamente á pesar de eso, transformaron la teología y la filosofía escolástica, y aunque esta última era *sierva* de la primera, ya comenzaba á emanciparse. Hombres como Pedro el Lombardo, Alejandro de Halés, Alberto Magno y Tomás de Aquino, han resumido en sus obras colosales todo el saber teológico de su tiempo; sobre todo el último en su enciclopedia ó *Summa* teológica. La *escolástica* entró después en plena decadencia.—Abusando del método deductivo se perdió en pueriles é infinitas sutilezas; la teología apeló á la autoridad contra la razón y se separó de la filosofía, que bajo la tutela del gran revelador natural, Aristóteles, apenas se atrevía á emanciparse y se perdía en un laberinto silogístico. Las escuelas místicas, que pretendían llegar á la verdad por la intuición y el éxtasis y aspiraban á la unión del alma y Dios, acabaron de arruinar su prestigio.—La escolástica tomada en su conjunto fué un progreso: disciplinó y ejercitó maravillosamente la razón y demostró dos cosas: su importancia, porque á ella era preciso recurrir, hasta para demostrar que era forzoso renunciar á ella para creer, y su impotencia para llegar á nada real fuera del dominio de la ciencia, y esto á una realidad relativa, porque la absoluta sólo á la fe individual es dado alcanzarla.—Con la aparición de la escolástica, coincidió la formación en París de un *gremio* de profesores, organizado como los de los artesanos, y que privilegiado á porfía por los papas y los reyes de Francia, llegó á ser el centro principal del saber humano en la Edad Media, con el célebre nombre de *Universidad de París*. Tenía como la mayor parte de las escuelas su doble curso de artes el *trivium* (gramática, retórica y dialéctica), y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música) y su enseñanza superior de teología, medicina, etc. Todo el aspecto de la universidad con su mundo de estudiantes divididos en naciones y vestidos de clérigos y sus profesores clérigos ó monjes, era eclesiástico; en el fondo era un instituto laico, que llegó á ser el consejo oficial de los pontífices y á veces el legislador de la cristiandad. Casi todos los hombres notables de aquel tiempo, lo mismo Rogerio Bacon, que Dante y Tomás de Aquino, pasaron por sus claustros. Fué, involuntariamente quizás, un instrumento maravilloso de emancipación. La universidad de París tuvo por hijas las de Oxford, de Praga y otras.

El Derecho.—La unidad en la legislación, obra inmensa de Roma, se disolvió en la Edad Media con la unidad del Imperio. Sólo la Iglesia pudo darse algo como un código, compilando lentamente las decretales de los pontífices, frecuentemente falsificadas como sabemos, y algunas disposiciones de concilios; muchos de estos textos se referían al derecho civil, porque la Iglesia, entonces, tenía bajo su estrecha dependencia cuanto se relacionaba con el estado de las personas (nacimientos, matrimonios, muertes) y sus consecuencias (herencias, testamentos). Luego estas compilaciones, principiando por la de Graciano, de mediados del siglo XII, fueron componiendo los elementos de lo que en el siglo XVI se llamó el *Cuerpo de derecho canónico*.—La legislación ro-

mana gobernaba á los habitantes de los países dominados por los germanos; mas éstos tenían sus códigos especiales, en que quedaron consignados sus hábitos y sus ideas jurídicas, pero que al redactarse por los clérigos, naturalmente se dejaron penetrar más ó menos profundamente por la jurisprudencia romana; la que menos sufrió esta influencia fué la ley de los lombardos y la que más fué la legislación visigótica, tanto la del período arriano conocida con el nombre de *Breviario de Aniano*, como la de los tiempos católicos de la monarquía, célebre con el nombre de Fuero Juzgo (*Forum judicium*). Entre ambos extremos, el lombardo y el visigótico, puede colocarse la legislación de los Francos sálicos (*ley sálica*, erróneamente considerada como una ley de sucesión al trono) que acabó por predominar sobre los otros códigos germánicos. Vinieron luego *las capitulares* y en todas estas leyes y disposiciones, estaban naturalmente confundidos todos los derechos, el penal, el civil, el público. Esta época se ha llamado *de la personalidad de la ley*, porque las leyes eran distintas, según las personas; luego en la época feudal empezó el período de la *territorialidad de la ley*, porque los individuos estaban sometidos á la legislación local del territorio que habitaban. Entonces esta legislación fué múltiple, como lo era la poliarquía feudal; los señores estaban excluidos de la ley común, eran *privilegiados* e. d., vivían bajo el régimen de sendas leyes particulares; pero no se trataba, en realidad, de leyes, sino de pactos ó *costumbres*; cada territorio tenía sus hábitos legales ó *costumbres*, cada municipio tenía su carta y sus *costumbres* propias, cada villa real tenía las suyas y así fué hasta muy entrada la Edad Moderna; todo era privilegio ó fuero, nada era general (en nuestros días se han suprimido los *fueros de Vizcaya*). Los monarcas dictaron ordenanzas generales; los *establecimientos* ú ordenanzas de S. Luis tendían á ello en Francia; en España el ensayo fué mucho más formal; en Italia, en Alemania, una ley general era imposible; en la primera por su distribución en repúblicas, en la segunda por su carácter feudal. Pero lo que sí se transformó en plena Edad Media, fué el espíritu reinante en las leyes ó *costumbres* locales y en el derecho público, bajo el influjo de *la jurisprudencia romana*.—En principios del siglo XII se creó en Bolonia un centro de estudios del *Cuerpo del derecho romano*, explicado y comentado ante un numeroso y cosmopolita pueblo escolar. La Iglesia protegió esta *universidad* con inquietud y con celo el poder civil. Como la jurisprudencia romana era la ley congénita del imperio, en teoría, y como era tan lógica, tan clara, tan racional, en suma la *razón* escrita, como la llamaban, pronto chocó el inmenso contraste entre su unidad ideal y la multiplicidad real de las legislaciones, y los juristas empezaron á propagar la tendencia á la reunificación; mas dos cosas desaparecieron frente á esta tendencia, el feudalismo, absolutamente desconocido por la ley justiniana y el poder temporal de la Iglesia, porque estaba por encima la voluntad del soberano, del monarca, superior á la ley, y el concepto del Estado romano que absorbía en su poderosa unidad al poder eclesiástico, subordinándosele.—Toda la teoría de las potestades se cambió;

Santo Tomás propugnó con fuerza la supremacía de la Iglesia, pero haciendo liberales concesiones al gobierno laico, aun al popular; Dante sostuvo la teoría de la dualidad, de los dos soles, el imperio y el papado, pero emitiendo conceptos eminentemente modernos sobre la misión del Estado. Los juristas hicieron más: llamados á los consejos de los reyes y á las cortes judiciales con el nombre de *legistas* (ó caballeros de la ley) comenzaron á minar el poder feudal y eclesiástico, rechazando cuanto en *las costumbres* legales era contrario á la doctrina romana y fundando sobre bases profundas el futuro absolutismo de los reyes ó del Estado. Por aquí la resurrección de la jurisprudencia romana tuvo inmensa trascendencia en la época medioeval.—En España fué donde este movimiento de unificación produjo, en la segunda mitad del siglo XIII, el más precoz y grandioso resultado; nos referimos al código publicado por Alfonso el Sabio con el nombre de *las Siete Partidas*; á un tiempo se resiente este monumento de la influencia romana y canónica; de la teoría absolutista, que proclama, aunque diferenciándola de la tiranía que anatematiza, y que apoya, considerando á la realeza como fuente única del derecho político y callando respecto de Cortes y de fueros, y de la teoría teocrática, que reconoce, dejando á la Iglesia vastísima ingerencia en los asuntos nacionales y laicos. Después de las *Pandectas*, nada se había producido comparable á esta obra de Alfonso y sus colaboradores juristas. El espíritu foral y el particularista de los magnates impidió que el código alfonsino realizase la unidad legislativa de España. En cuanto al modo de ser de la justicia penal, la decadencia del duelo judicial, reemplazado por el juramento y los procedimientos secretos, la prueba del tormento, la crueldad de los suplicios (hogueras, ruedas, etc.) y la siniestra importancia del verdugo, caracterizan la época.

La Ciencia.—La ciencia de la Edad Media es de origen árabe y bizantino (quizás más bizantino que árabe), pero éstas son á su vez de origen helénico, e. d., alejandrino. Los árabes no tomaron á los autores griegos más que la filosofía y la ciencia; nada de literatura, ellos poseían una bien refinada. Vertieron al árabe y al persa los libros griegos y ese fué el alimento de sus escuelas en Asia y en España. Sin embargo, no llegaron á constituir ciencias nuevas; la matemática estaba constituida ya por los alejandrinos; de las otras ciencias no encontraron ni las leyes fundamentales, ni el método; así es que el Renacimiento tomó la evolución científica en el punto en que los helenos la habían dejado, pero con nuevos elementos que coordinar; estos hechos nuevos son la obra de los árabes ó los bizantinos, es dudosa la cuestión, pero los árabes, por lo menos, los transmitieron al Occidente. En *la Matemática* se les debe, no las cifras que llamamos arábigas mucho antes de ellos conocidas, sino la agregación del 0 á la numeración, la propagación del cálculo algebraico y su aplicación á la geometría; en *Astronomía* se mantuvieron dentro del sistema alejandrino, pero aumentaron los catálogos de astros, rectificaron algunas latitudes, corrigieron el calendario juliano y quizás entrevieron la movilidad de la Tierra. El afán de descubrir la clave de los destinos humanos en los movimien-

tos de los astros, fué inmenso entre los árabes, de aquí es que no pudieron arrancar la ciencia de su envoltura astrológica. La *físico-química* tuvo igual suerte; la esperanza de encontrar la piedra filosofal (receta para transmutar los metales y hacer oro) y el elixir de la inmortalidad, es decir, la *Alquimia*, que se fundaba en la teoría neo-platónica de la unidad fundamental de la materia, lo domina y lo adultera todo; sin embargo, los hallazgos de los árabes ó de los bizantinos por este camino, son trascendentales; la destilación, la sublimación, la cristalización, la amalgamación, fueron descubiertas por ellos y ellos obtuvieron el alcohol, los ácidos nítrico, sulfúrico, nítrico-clorídrico, que llamaron aguardiente, agua fuerte, vitriolo, agua regia, y conocieron y aplicaron antes que nadie en Occidente la pólvora á la guerra. En historia natural hicieron avanzar la botánica sobre todo; Alberto Magno fué su discípulo en esto. Ellos, en suma, fueron los médicos, los cirujanos de la Edad Media; las escuelas de Salerno y Montpellier, enseñaron durante largo tiempo la terapéutica de Avicena y Abul-Casis; geógrafos, constructores notables, maestros de todo género abundaban en España y Asia. Ellos, no hay que olvidarlo, si no inventaron, sí dieron á conocer á los europeos el uso de la *brújula*, destinada á transformar la navegación y los destinos del Planeta.

Cuando los mongoles destruyeron á Bagdad, hicieron un dique en el Eufrates con los libros sacados de las bibliotecas. El papa Gerberto (que estudió la matemática en la escuela de Vich en Cataluña, hija de la influencia arábiga) Raymundo Lull, Arnaldo de Villanueva, Rogerio Bacon, que adivinó el porvenir de la ciencia y entrevió el método, Alfonso el Sabio, el gran astrólogo del siglo XIII, son discípulos de los árabes, con otros muchos. Los árabes educaron á la Europa científica y promovieron, como transmisores de la ciencia helénica, el primer renacimiento.

Industria y Comercio.—Los centros industriales árabes fueron los más notables en estos siglos; las armas de Damasco y de Toledo, los tapices de Persia y Smirna, las telas de Kadchmir, de Mosul (mosulina) y de Damasco, las pieles marroquíes y cordovesas, inundaban los mercados; ellos que introdujeron en Europa el palmero, el algodón, el naranjo, el café, etc.; que elaboraron la azúcar y que fabricaron el papel, no sólo de algodón, sino de hilacha, preparando á la imprenta futura una materia prima sin la cual no hubiese podido avanzar, tienen derecho á ser considerados como los primeros entre los industriales de la Edad Media. La Europa cristiana los imitó; hubo armas magníficas en Milán, telas de primer orden en Toscana y tejidos de seda, de lana y encajes admirables, en esas opulentas ciudades flamencas, en donde dentro de las altísimas y oscuras casas aglomeradas á lo largo de los estrechos canales y de las infectas calles, se ostentaba tanta riqueza, que decía una reina de Francia, que todas las burguesas flamencas vestían como reinas. Fué aquella la época de la pequeña industria, que sólo podía luchar con las similares á fuerza de reglamentación rigurosa y de secreto, y organizada en *gremios*.—La reconquista de la Siria cristiana por los mahometanos y las prohibiciones de los pa-

pas de comerciar con los infieles, reconcentraron por lo pronto en Chipre los establecimientos de los cuatro grandes puertos mercantiles del siglo XIII, Venecia, Génova, Pisa y Barcelona. Mas, por un lado, pronto se reanudó el contacto con Alejandría y por otro la dominación mongólica en el Asia Central, favoreció al comercio cristiano que comenzó á recorrer las rutas que del Ponto Euxino llevaban á Samarkanda y el Kathay (China) ó al Golfo Pérsico y la India, en donde ya había mercaderes italianos. Marinós genoveses hubo que intentasen sin éxito ir á la India, sin trasborde, dando la vuelta á Africa. Pero quienes hacían más negocio eran los venecianos, que se aprovisionaban en Alejandría de todos los productos de India, Arabia y Egipto, pagando un 33 por ciento á los mameluks. Los principales artículos importados de Oriente, eran, en primer término, el incienso árabe, indispensable para el culto, y todo era culto en aquel tiempo; las especias, de que se hacía fabuloso consumo en la época en la condimentación de manjares, en la composición del *hypocras*, bebida favorita de los europeos, y en la medicina; la pimienta, después la canela, el clavo de especia, la nuez moscada, el azafrán, eran las principales y venían de las islas de Australasia ó de la India, lo mismo que las perlas, apreciadísimas entonces más que hoy quizás, y las piedras preciosas, por lo general de origen asiático, como la turquesa, el rubí, la esmeralda, el zafiro y el diamante; el marfil y los esclavos eran artículos estimadísimos también. Muchos artículos manufacturados se importaban del Oriente: telas de seda, de algodón, brocados, camelotes; todos ellos fueron rápidamente imitados en Italia, en Florencia, sobre todo. De Europa iban los magníficos paños hechos en Flandes y en Francia con lana de Inglaterra, industria en que Florencia descolló también. Los venecianos dominaban la industria del vidrio y el cristal. Además, ellos eran los que fijaban á su arbitrio el precio de la especiería.—Diversas rutas comerciales partían de Venecia, ó por mar, pues que sus galeras llegaron ó Londres y Anvers, ó por tierra, rumbo á Austria, Bohemia y Hungría, ó con dirección á Alemania por Augsburg y Nuremberg; los alemanes tenían en Venecia una lonja célebre de donde partían todas las expediciones [*il Fondaco dei Tedeschi*]. Generalmente las partidas mercantiles se detenían en ciudades donde se concentraban las que iban de Italia, España y Francia y venían de Alemania (que ya comerciaba con Rusia activamente), Flandes, etc. En esas ciudades se celebraban inmensas ferias, favorecidas con privilegios y el trueque se verificaba ahí principalmente (las más reputadas fueron las de Francia). Los flamencos eran los más aprovechados; nuestro país, decía uno de ellos, está en sociedad con el mundo entero y cualquiera puede entrar en él. El comercio del dinero, el cambio de las diversas monedas locales, se hacía en tiendas especiales, que tenían sus mostradores ó *bancos* con ese objeto y, pronto, casa de cambio ó *banco* ó *monte*, como decían los italianos, fué lo mismo. Siguiendo una práctica judía, los italianos que casi monopolizaron este comercio é impusieron hasta cierto punto el *florín* (de Florencia) como moneda general, ligaron varias casas de

cambio en diversas ciudades y pudo entonces colocarse el dinero en una de ellas y extraerse de otra en diversa ciudad, mediante *una letra de cambio*. Cosa interesantísima en aquella época de inseguridad en los caminos y de extorsiones y gabelas infinitas á los mercaderes. Los judíos no podían ejercer ningún oficio, los cristianos no podían ejercer la usura (con excepción de algunos italianos), los judíos se dedicaron á ella; se puede decir que la legislación medioeval á ello los obligó. Esto aumentaba el odio de las poblaciones hacia ellos y á pesar de que frecuentemente las autoridades los protegían en sus barrios ó *juderías* (sobre todo los papas), periódicamente eran víctimas de saqueos espantosos y asesinatos en masa.

El Arte.—Difícil es resolver la cuestión de si hubo un arte cristiano anterior á la Edad Media; las pinturas y los relieves de las catacumbas y luego las basílicas, no son más que procedimientos ó edificios paganos apropiados á las necesidades cristianas; el primer arte cristiano marcado con un sello original y en que el templo ad hoc (destinado á contener multitudes, no sólo para orar, sino para deliberar, porque en las iglesias celebraban sus sínodos el clero y sus *meetings* las burguesías, por lo que era substancialmente distinto del templo pagano) se coronaba de cúpulas, es *el arte bizantino*; de éste y del persa se formó en seguida *el arte árabe*, en que el arco de herradura, la columnilla esbeltísima, las cúpulas en forma bulbosa, las pechinas estalactiformes y la riquísima ornamentación de líneas, letras y colores (arabescos) son características, así como la carencia de escultura y pintura de seres vivos, gracias á la prohibición koránica. Hasta los tiempos posteriores á Carlo Magno se comienza á registrar en la Europa cristiana de Occidente, algo en los edificios religiosos que se desprendía totalmente del arte bizantino. Con la formación literaria de las lenguas romances, la preponderancia de la riquísima orden cluniacense y el poder municipal, coincide la aparición de vastas iglesias con muros no muy altos, pero muy sólidos para soportar el empuje de las bóvedas y caracterizadas por la creciente riqueza de la decoración escultórica, la forma crucial de todo el templo, el empleo de torres para los campanarios y el uso general del arco de medio punto. Este estilo, representado todavía en Europa, por algunos hermosos edificios, dominó también en las construcciones civiles y militares y se llama hoy *el arte románico*. En el siglo XII aparece en el dominio, ya pacificado y seguro de los reyes de Francia, *el arte gótico*, como le llamaban caprichosamente los italianos, ú ogivo como otros le denominan. Este arte es el verdadero arte original católico, no hijo de una imaginación enfermiza de devotos neurópatas, como se ha dicho, porque parte de cálculos perfectamente seguros en el arte de construir, pero sí expresión pura del alma medioeval mística y risueña, dominada por aspiraciones á lo infinito y por temores á la tumba, de riquísima fantasía y de apetitos furiosos, mezcla de sombra y luz. Todo eso hay en la catedral gótica; en el interior los altísimos muros se adelgazan y se hacen transparentes, gracias á la inmensa rosa de cristales de la fachada y á la vidriería de colores de las ventanas inmensas, por

donde la luz entra disuelta en haces de colores y cae sobre el oro y el mármol de los altares y mosaicos en lluvia de pedrería; prolongadísimas galerías circundan las naves en donde se desenvuelven interminables procesiones de monjas ó frailes, que, cirio en mano y envueltas en nubes de incienso, entonan el *Stabat* del hereje *fra Jacopone*, ó los himnos de S. Bernardo y Sto. Tomás; las bóvedas de aristas, y, sobre todo, el empleo general del arco de ángulo agudo en todas las aberturas interiores (lo que era singular en el arte románico y simplemente decorativo en el árabe) cambiaron totalmente el aspecto interior de los templos, en que las columnas disimulaban su solidez convirtiéndose en haces de altísimas columnillas y en que los fantaseos de los escultores llegaron hasta el vértigo, transformando la roca en encaje y bordándolo todo con una vegetación de piedra en que asomaban y corrían animales y quimeras de todas las formas y actitudes. El exterior estaba en perfecta relación con el interior: portadas profundas con sus archivoltas cuajadas de estatuas y relieves; altos campanarios ogivales, botareles para apoyar los muros en los puntos de apoyo de las bóvedas, galerías aéreas, gárgolas á cual más fantástica y flechas altísimas que parecían dirigirse al cielo, como las plegarias de los fieles, rematando la enorme y aérea mole con sus agudísimas pirámides de filigrana de mármol.—Las opulentas comunas francesas, flamencas y alemanas costearon, sobre todo, aquellas obras maravillosas, que pronto se propagaron por toda Europa, aun en Italia, más fiel á sus tradiciones clásicas; los edificios civiles, los castillos y pronto las tumbas, el mobiliario, todo, fué ogival. Después del siglo XIII, los caracteres del arte gótico se exageraron y tras el gótico florido vino el flamígero, que era una verdadera paradoja en que el artista pretendía burlarse de la pesantez y espiritualizar la materia; la decadencia empezó.—Poderosísimos gremios de artistas, que poseían los secretos, con durísimos castigos guardados, del arte de construir, fabricaron espléndidas catedrales góticas, entre las que descuellan las de Amiens, de Colonia, de Burgos, de Milán. Estos gremios, perfectamente gerarquizados y disciplinados, constituyeron ligas de *masones* que luego habían de transformarse en las asociaciones secretas de beneficencia y político-religiosas de los franc-masones.

Así, el rey en su palacio-fortaleza cada vez más poderoso; el señor en su castillo que ya era una obra de arte y admitía el *confort* y la higiene (como el uso de la ropa interior de lino) y solía reemplazar la guerra por la justa y el torneo; el burgués espléndidamente alojado y mezclándose apasionadamente en las luchas políticas; el pueblo sufriendo algo menos, el obispo menos activo y el fraile mendicante y su enemigo el estudiante, llenándolo todo, pasó el siglo XIII, época en que la sociedad laica resucitó á la vida de la historia.

BIBLIOGRAFÍA.—Las obras citadas en la anterior bibliografía y además *Hallam*, Europa durante la Edad Media; *Rambaud*, emperadores y emperatrices bizantinos; *las Cruzadas*, en la col. Oncken; *Bartolini*, Historia de Ita-

lia; *Gautier*, la Caballería; el Arte, la vida, etc., en la Edad Media, de *Lacroix*; Historia de España, de *Lafuente* y *R. de S. Hilaire*; *Sismondi*, las Repúblicas Italianas; *Rajna*, Origen de la epopeya francesa; *Milá y Fontanals*, la poesía heroico-popular en España; *Menéndez y Pelayo*, Introducción á la Antología de poetas líricos; *Flach*, el derecho romano en la Edad Media; *Hinojosa*, Historias del derecho romano y del español; *Schmidt*, la Iglesia en la Edad Media; *Carle*, la Vida del derecho; *Boutmy*, la Constitución inglesa; *Fonblaque* id.; *Violet*, Manual de historia del derecho francés; *Luchaire*, las Comunas; *Scherer*, Historia del Comercio; *Heyd*, Historia del Comercio del Levante; *Graetz*, historia de los judíos; *Bayet*, Historia del Arte; *Taine*, Filosofía del Arte. Artículos de la Enciclopedia británica y de la gran Enciclopedia.

Observaciones generales.

1. En el período que hemos denominado feudal, por ser el feudalismo el fenómeno que lo caracteriza principalmente, los grandes factores medioevales tocan á su apogeo é inician su transformación. 2. Como en el viaje de la humanidad todo se compone de progresiones, estaciones ó detenciones (ó ritmos que dice Spencer) y regresiones, que se convierten en nuevas progresiones, componiendo así una evolución total formada de marchas y contramarchas parciales [*ricorsi* de Vico] indicaremos cómo consideramos, á la luz de esta teoría, el movimiento de los factores que acabamos de apuntar y que sintetizaremos en tres elementos: el romano, el cristiano, el germano; el primero un elemento político, el segundo moral, el tercero étnico. 3. El romano se había disuelto hacia el Oriente en el elemento griego, con un ideal de despotismo político y religioso á la vez, que lo petrificaba en el pasado, y hacia el Occidente en los grupos invasores, germanos ó islamitas. De modo que desde los carolingios se le puede considerar en plena regresión bajo sus aspectos de cultura humanitaria y cosmopolita, de unidad política y de organización municipal; entonces comienza á recorrer retrospectivamente el camino andado del municipio á la ciudad sierva del obispo ó del señor, ó al clan ó tribu primitiva; de la monarquía á la poliarquía, y del idioma general y culto á las jergas territoriales basadas sobre el latín inferior. 4. El elemento cristiano estaba en plena evolución, elaborando á la sombra de la unidad imperial su unidad gerárquica, y la continuó modificándola profundamente. Desde

luego se vió obligado á aceptar el hecho y dualizarse; en Oriente se sometió al Estado, en tesis general; en Occidente aspiró á reconstituir la unidad en su provecho, para gobernar á la sociedad católica; de aquí, primero, su obra de afirmar la gerarquía, es decir, su dominio sobre toda autoridad eclesiástica, de crear una independencia á su centro de impulsión, consolidando el poder temporal del pontífice en Italia, y de restablecer el Imperio, sin lo cual no se concebía la unidad; éste fué el error magno de los pontífices, porque esa dualidad tenía que significar conflicto permanente y no unidad como *la del cuerpo y el espíritu*, y porque á esa ficción se habían de sacrificar dos pueblos, el alemán y el italiano, que sin el ensueño de un imperio, habrían constituido su unidad monárquica sobre bases municipales en los tiempos medios, en vez de recorrer, en medio de la anarquía, el fin de ellos. 5. El elemento germánico, también en plena evolución, precisamente en la etapa que lleva de la propiedad territorial colectiva á la individual, continuó en el medio romano y cristiano su desenvolvimiento y se disciplinó y moralizó, gracias á la acción de ese medio, pero á su vez lo transformó con sus tendencias individualistas, reforzadas por la propiedad territorial y lo dividió y subdividió en infinitas soberanías, y ese fué *el feudalismo*. 6. La Iglesia continuó su obra de conservar la unidad espiritual en medio de la difusión feudal y lo consiguió; y segura de su poder trató de reobrar contra la dualidad que ella misma había establecido y someter al poder laico, en su más conspicuo representante, el jefe del *santo imperio romano*, y estuvo á punto de conseguirlo y fundar *la teocracia*. 7. Prueba de su potencia fueron las Cruzadas; éstas no alcanzaron la ruina del Islamismo y la supresión de la iglesia cismática griega, que quería la Iglesia, pero produjeron dos resultados inesperados: la debilitación del régimen feudal con la consolidación de las monarquías, y con esto y con la formación de las burguesías, la preparación de nuevas y definitivas entidades laicas. 8. Entonces recomienza la evolución de la cultura antigua, favorable á la emancipación intelectual, y del derecho romano, propicio á la supremacía del Estado. Fórmase así una corriente nueva y poderosa que arrastra consigo al germanismo y al cristianismo.